

VISTA DE LA CASA DEL SEÑOR MADDOZ EN ZARAUZ.

Como complemento del artículo *Zarauz* publicado en el número 4 del presente año, damos la vista de la casa de recreo que el Sr. D. Pascual Maddoz posee en la indicada villa, y de la que se hizo mención en el artículo á que correspondía esta lámina, y al que por no haber llegado á tiempo el dibujo no pudo acompañar. Hace notable muy particularmente la costosa casa cuya vista ofrecemos á nuestros lectores, la circunstancia de que en ella ha sido redactado en gran parte el célebre *Diccionario geográfico-estadístico-histórico*, que nuestra patria debe al indisputable talento y carácter infatigable del Sr. Maddoz.

Aprovechamos esta oportunidad para publicar la bella traducción que Madama Fereal ha hecho de una octava escrita por la señorita Carolina Coronado en la corona poética dedicada á la angelical y malograda hija del Sr. Maddoz.

Hé aquí el original y la traducción:

Tú pensaste que el mar era tu cuna
Y te adormiste en él tranquilamente;
No ha sido para tí poca fortuna
Despertar en la gloria, de repente;
¡Hija del alma! no hay vida ninguna
Que no arrostre el furor de una corriente,
Y si nos ha de ahogar; ay! la del llanto,
La del mar es mejor — no amarga tanto!

CAROLINA CORONADO.

Prenant pour ton berceau la profonde lagune
Dans son sein orageux calme, tu t'endormis;
Et sans avoir souffert, pour toi quelle fortune!
Tu t'éveillas auprès des anges tes amis.
Douce enfant! l'existence où l'on voit plus de charmes
A des courants trompeurs est livrée en naissant;
Et si l'on doit, hélas! s'abîmer dans les larmes,
Mieux vaut la mer — plus doux sera son flot puissant!

V. DE FERREAL.

LITERATURA EN CHILE.

ARAUCO DOMADO, poema de D. Pedro de Oña.

ARTÍCULO 1.º

«Dónde ha habido tanta bravura de armas, no faltará la suavidad y belleza de las letras de sus propios hijos.»

Habia comido la mayor parte de 1611, cuando, en el mes de marzo de 1611,

palabras el autor de los *Comentarios Reales del Perú*, al enumerar lo mucho que tenían que decir los que escribiesen los sucesos del reino de Chile; teatro de porfiada lucha entre españoles y araucanos.

Ignoraba el buen Yuca que entre los orígenes del Bio-Bio, entre las murallas mal seguras de un fuerte avanzado en el desierto, había nacido uno de los historiadores de su patria. Y no solo había nacido, sino que corría ya desde seis años atrás la segunda edición de su obra. A quien aludimos es al licenciado D. Pedro de Oña; la obra, el poema *Arauco Domado*, escrito en diez y nueve cantos y dirigido á D. Hurtado de Mendoza.

Pedro de Oña nació en la ciudad de los Confines, última de las siete que fundó Valdivia en el territorio Araucano, á la margen oriental del Bio-Bio veinte leguas de Concepcion. Conservó su nombre aquella ciudad, á pesar de que al cambiar de situación mediante el gobierno de D. Garcia (1306) debía denominarse ciudad de los Infantes por orden de aquel gobernador. Pedro de Oña, devotísimo de la casa de Mendoza, y orgulloso de su misión, se llama, al frente de su poema, *natural de los Infantes de Eugol en Chile*, desvaneciéndose así toda duda acerca de su origen. Fué su padre el capitán Gregorio de Oña, el cual murió peleando en la guerra de Chile en las filas del ejército de D. Garcia de Mendoza. No puede leerse sin emoción la estrofa que el hijo le consagra en el noveno canto, al folio 135 vuelto, de la edición de 1605.

Y tú, mi padre caro, mas perdona,
que no he de dar motivo con loarte
á que diciendo alguno que soy parte,
ofenda mi verdad y tu persona:
Por esto callaré lo que pregona
la voz universal en toda parte,
y perderás por ser mi padre amado,
lo que por ser tu hijo yo he ganado.

Se ha conservado la ortografía de la citada edición. El apellido de Oña no es oscuro en América, particularmente en los primeros tiempos de la dominación española. Un Oña del mismo nombre del poeta fué Maestre de Campo de D. Diego de Almagro, durante las guerras civiles; y el primer Provincial de la orden religiosa de S. Francisco en aquel mismo reino, fué Fray Luis de Oña por los años de 1535. En el antiguo Reino de Quito existió también una villa de Oña en la latitud de 3º 24', no sabemos si denominaba así en recuerdo de su fundador ó de los lugares de España que tengan igual nombre.

Según el testimonio del abate D. Juan Antonio Molina, fué siempre muy estimada en Chile la ciencia de las leyes; y muchos jóvenes

2 DE MARZO DE 1851.

chilenos pasaban á instruirse al Perú, donde aquella facultad se enseñaba con particular aplauso. De este número debió ser el licenciado Pedro de Oña, pues al frente de su poema se da el título de *colegial del Real colegio mayor de San Felipe y San Marcos de Lima*. No sabemos de que edad era cuando pasó al Perú; pero se infiere que no debía ser muy niño entonces, puesto que había podido adquirir de los propios indios el conocimiento de sus costumbres, de sus prácticas religiosas y de su idioma:

Hélo sabido yo de muchos de ellos,
por ser en su país mi patria amada,
y conocer su frase, lengua y modo,
que para darme crédito es el todo.

La primera producción literaria que salió de su pluma fué el *Arauco Domado*, impresa por la primera vez en la ciudad de los Reyes el año de 1596. Trece años después publicó en la misma ciudad otro poema en un solo canto en octavas con el título: *Tambor de Lima en el año 1609*. A más de estos escritos conocemos del mismo autor una *cancion real*, impresa al frente de un libro consagrado á los méritos y milagros de S. Francisco Solano: en esta cancion se recogen las *escenas del santo derramadas por aquel docto libro* haciendo el autor que las reflera el río de Lima al Tiber de Roma. Un soneto de Oña á la Universidad de S. Marcos de Lima se halla á la cabeza de la primera publicación de las *Instituciones y ordenanzas* de aquel cuerpo, año de 1602.

En la silva segunda de *Laurel de Apolo*, Lope de Vega atribuyé á Oña un

«Poema heroico, armonioso, suave
del Patriarca Ignacio de Loyola.»

el cual le hallamos incluído en el catálogo de poemas épicos que trae el Sr. Gil y Zárate en su *Manual de Literatura*: bajo el título de Ignacio de Cantabria.

En el canto segundo del *Arauco domado*, en una de las veces en que se dirige el autor al gobernador Mendoza, le promete vestir *en traje pastoral* sus venturosos lances en la Corte; palabras con que promete, sin duda, otra obra poética sobre las aventuras de su héroe en la ciudad, ensayando en ella otro género de estilo y de composición. De los escritores que se hallan en las circunstancias de Oña por el lugar y época del nacimiento, son poquitas las noticias que se tienen; esas mismas se hallan diseminadas en libros escasos, oscuros, y faltos absolutamente de método.

La acción del poema *Arauco Domado* empieza por la pintura del Estado de Chile:

Quando por las victorias alcanzadas,
Arauco amenazaba al mismo cielo,
teniendo tan en poco lo del suelo,
para con el rigor de sus espadas;
y quando sobre pías levantadas
(ó lúgubre espectáculo y señuelo)
andaban las calólicas cabezas
cortadas de sus troncos hechos piezas
De blancos luceros blanca parecia
la verde superficie de la tierra,
y á las corrientes claras de la sierra
la derramada sangre enrojecia...

Á tierra Tucapel y Rengo espanta
Brema Lincoya, y mástrate valiente,
por ver su fuerza idólatra erécida
y la del fiel ejército perdida.

Diez y siete cantos se consagran á la relacion de los hechos que empiezan en 1557 con el desembarco de las tropas de Mendoza y termina con la batalla naval que D. Beltran de Castro dió el pirata inglés Hawkins. Promete Oña al terminar su poema una segunda parte escrita

«Con pié mas lento y mano mas fecunda»

pero nunca la publicó estando al testimonio de las *Bibliotecas* mas acreditadas.

El *Arauco Domado* como los otros poemas sobre la misma materia pierden de su mérito por el paralelo que han de sostener con la *Araucana*. Infinita es la distancia entre este y aquel, mas no por eso merecen el olvido las sencillas estancias de Oña. Su libro es precioso, no solo por lo raro que se ha hecho en el mundo, sino porque es una de las fuentes á que se ocurra á beber la verdad quando se ha de escribir sobre ciertos períodos de la primitiva historia de Chile. Para esto rico y ya ilustrado país milita también una razon especial de aprecio hácia Oña, pues de él puede decirse como de Breilla:

Que en el heroico veno fué el primero
que honró á su patria...

Nosotros no elojaremos este poema ni haremos crítica de sus imperfecciones. En cuanto á su estructura seria injusto exigirle la armazón épica quando su autor, como dice Quintana con propósito análogo al nuestro, no se propuso hacer una epopeya sino *una narracion verídica de los acontecimientos acaecidos durante el gobierno de Mendoza algun tanto amenizada con los atayos de la versificación y del estilo y con algunos episodios*. El autor mismo lo espresa en varios de sus primeros cantos, particularmente en el 4.º

No es fábula ni poética figura
ficción artificiosa ni ornamento,
sino verdad patente, lo que cuento,
que es de la que se precia mi escritura...

Nos limitaremos por lo tanto á dar algunas muestras del estilo y del mérito de este poema copiando uno que otro pasage, uno que otro pensamiento para no ser prolijos. Si puede servir de escusa á las faltas de un escritor la precipitación con que trabaja, debemos advertir que Oña producía con rapidez, y aguijonado por sus amigos.

Quando á mas de mediado el canto octavo ha escrito ya mas de *veis mil versos*, entonces dice parodiando uno de los mas conocidos aforismos médicos:

Es el discurso largo, el tiempo breve,
cortísimo el caudal de parte mia,
y danne tanta prisa cada dia,
que no me dejan ir como se debe.

No tenia nuestro poeta por rémora de su impaciencia el precepto de trabajar con reposo, á pesar de toda urgencia y de cualquier mandato, pues probablemente ya no podría oír las voces del mundo quando Boileau publicaba su *Arte poética*.

El poema de Oña salió en la segunda edicion de la imprenta de Juan de la Cuesta bajo el patrocinio de los elogios y aprobaciones laudatorias que encabezan todo libro de aquellos tiempos. El licenciado Juan de Villala, alcalde de corte de la Real Audiencia de los reyes, dice que en este libro: «demás del nuevo modo en la correspondencia de las rimas, descubre su autor muchas lumbres de natural poesia, tanto mas dignas de estimacion en un hijo de estos reinos, quanto por la poca antigüedad de la nacion española en ellos, tienen menos de cultura y arte.» El nuevo modo de la correspondencia de las rimas debió ser cosa que llamára entonces la atención, pues el mismo Figueroa alude á ello en aquel verso:

«Nuevo son, nuevo canto, nuevo Homero.»

El P. Esteban de Avila de la Compañia de Jesus, dice en su aprobación que el libro que se intitula *Arauco domado* es libro que tiene muchas y grandes sentencias, muy importantes para la vida humana; y es muy aparejado para incitar, mediante su levantado estilo, los ánimos de los caballeros á emprender hechos señalados y heroicos... Todo lo cual arguye el grande ingenio de que Dios dotó al autor.»

Enfadado por demás sería imponernos la tarea de citar los nombres de cuantos aventajados varones han tributado elogios á este poema. De los ejemplares de la primera edicion hecha en Lima en 1596 por Antonio Ricardo de Tunz primer impresor del Perú, sesenta y un años despues de fundada aquella ciudad, puede asegurarse que será muy raro el que se encuentre en el mundo, tal vez sea el único el que parece poseer en su biblioteca el Sr. Terremut.

Esta escasez de una obra necesaria para el complemento de cualquiera coleccion de historiadores de Américas, y que es á mas una curiosidad literaria, hace que sea hoy excesivo el precio de los escasos ejemplares que circulan entre poquitos estudiosos y aficionados á libros no comunes.

D. Vicente Salvá en su catálogo de París, al anunciar en venta un ejemplar de la edicion madrileña, le fija el precio de ciento veinte rs., dando por razon que *ha llegado á ser imposible hallar este poema á no ser en un número reducido de bibliotecas*.

En el artículo siguiente trataremos de mostrar como hemos obtenido algunas de sus muchas bellezas.

ADELANTE.

(Artículo inédito.)

¿Cómo te tengo de escribir, querido Silva, si de un mes á esta parte parece mi existencia un gobierno nacional? No hay en ella cosa con cosa; ni me sucede lance bueno, ni pasa día por mi que no lo

tiene alguna nueva calamidad; y no quiero hablar de las públicas, que esas las pasamos todos. Así es que me doy á todos los carlistas: tal es el humor que tengo; pero..... adelante.

En primer lugar, aquí dieron en decir si teníamos ó no un ministerio progresivo, y hemos estado á dos dedos de quedarnos sin él, que hubiera sido pérdida. Adelante. Yo no sé si es que se los hubo de figurar que habíamos hecho demasiado en el poco tiempo que llevamos de libertad: acaso sería eso; porque al fin, parece que no, pero hemos estado abajo el voto de Santiago, y no es poco hacer en un año; y la prueba es que en diez años antes no se había hecho otro tanto: pero adelante; el resultado fue que se levantó una nube, que hubo listas de ministros nuevos que era lo que había que leer, y aun yo te dijera sus nombres, no vas que por distraerte; pero adelante. ¡Qué tal andaba ello, que todos los que éramos antes de la oposicion nos hicimos en momentos ministeriales, pero tan de corazon, que yo, sin ir mas lejos, escribí un artículo titulado *Adrás*, el cual no se llegó nunca á imprimir, por cuatro etiquetas que ocurrieron entre la persona del censor y la mía; pero adelante: al fin no fue cosa de cuidado, y quien perdió en la refriega fue el artículo, que no vió la luz; no voy á entender que se prohibió; nada de eso; ni yo lo dijera si hubiera sido así, ni me lo dejarán decir tampoco; sino que lo del ministerio no cuajó, y yo por no indisponerme con los de las listas dije: ya no viene á cuento nada de lo de *adrás*; paciencia por consiguiente y adelante.

Luego le he tomado un miedo, no precisamente á escribir artículos, sino á que los lean mis amigos, un miedo tal, que no fuera fácil explicártelo: ni hay motivo para otra cosa: días pasados se me pasó por la cabeza endilgar uno sobre unos billetes de máscaras embargados, ó no embargados: billetes fueron que hubieron de costarme caros, y eso que ya lo están ellos, porque están á 25 rs.; pues aun mas caros: hubo tambien etiquetas; ya sabes que *estos cumplimientos á los castreños me recientan*. Hubo lo de averiguar quién era *Figaro*, que como nadie lo sabía, fue preciso decirlo yo mismo: lo dije pues, y lo firmé, que fue más: debió haber ruido; pero no lo hubo, y yo dije: adelante.

Ahora estamos con los presupuestos: el primer día todo era sacar de una parte y sacar de otra; y como el de Casa Real fue el primero, y pilló á la gente caliente y con ganas de ahorrar, sucedió lo contrario de lo que dice el refrán, es á saber, que aquí fue el primer mono el que se ahogó: pero luego ha sucedido como con todas las cosas; con que adelante. Se están haciendo unas economías, que no hay para qué elogiarlas; y esto ya tan de prisa, que bien se puede decir que ya el presupuesto va de capa caída.

Toda vía no ha salido la ley de ayuntamientos; pero como los que hay son á pedir de boca, adelante.

Esté mes hemos estado felices en Navarra; y en cuanto se acabe la guerra, ya no habrá pretendiente. Siempre deberemos estar muy agradecidos á la cuádruple alianza. Por cierto que ya no se habla de ella. Pero así como así, no hace falta: conque adelante.

Ahora andan en dudas en el Estamento sobre si son buenos los jueces, ó no. Es el caso, que segun dicen, los hay todavía de los que sentenciaron en los pasados diez años que siguen sentenciando. Adelante.

En los periódicos verás un comunicado de uno de mis amigos: la cosa no es importante: parece que tenía un asunto pendiente, en el cual debía de llevar razon, segun lo mal que le ha salido; fue á verse con uno de los primeros empleados del ramo, y le contestó que no había mas que un ligero inconveniente, á saber, que no estaba *purificado*. Esto fue el día 7 de este enero de este 1870. A propósito de fiestas, la *simonía* se publicó en 13 de octubre de 1855. Luego ha habido tambien un decreto de 31 de diciembre de 1834 sobre *rehabilitacion* de empleados. Adelante.

De todos modos parece decidido que á pesar del ministerio Tory, nosotros no iremos atrás: no sé si porque no fuera fácil, á porque se trata de ir adelante.

Como quiera que sea, te avisaré, y suceda lo que suceda, ya que no se puede decir atrás, adelante.

Tu amigo, FIGARO.

El Templo de San Miguel de Media-Villa. (1)

Medina de Rioseco.

Quando el torrente devastador desprendido de las heladas grutas del Norte se lanzó sobre la Europa meridional y occidental en armadas

y turbulentas hordas; cuando los agrestes idólatras de Odino se arrojaron bajo la victoriosa mano de Alarico, sobre la ciudad de los Césares, y los corceles del Rin hicieron vibrar con su helicóico relincho las bóvedas del Capitolio; cuando el mundo entonces civilizado quedaba cual un cadáver envuelto en un sudario inmenso de tinieblas y desolacion, el genio de las artes, asustado al intonso aspecto de los atroces huéspedes, tendió sus alas, abandonó el cielo de la Italia, y se llevó á las encantadoras márgenes del Bóforo la antorcha de su inmortalidad. Constantinopla arrebató á Roma el centro de la gloria, como Roma se le había arrebatado á Grecia. ¡En todas partes la ley de la expulcion! Bien que, andando el tiempo, sobrevino un día en que aquella opulenta hija de Constantino hubo de volver los atribulados ojos á la adoptiva de San Pedro, y demandarla un asilo para sus sabios y sus escuelas, para sus ciencias y tradiciones, contra el incendiario furor de los estúpidos soldados de Mahomet. Y así, por esta sucesion providencial de contrastes, se salvó el tesoro de la civilizacion antigua en beneficio de la humanidad. ¡Maravilloso espectáculo para el entusiasmo del poeta; magnífico estudio para la razon del filósofo; alto é inefable misterio para la fé en el porvenir de los pueblos!...

Desde aquella solemne época data una nueva vida para la familia europea. Ella fué la terrible inauguracion de la moderna historia, así como el prólogo del inmenso drama de nuestros diez y nueve siglos lo fuera del cristianismo, que acabó con la sociedad de Homero y de Virgilio. La peripezia fué muy profunda y vehemente; el cuerpo social acensuró del sacudimiento en sus mas íntimas fibras, y la economía de sus elementos orgánicos se presentó modificada por el terror de aquella impresion general.

Tan radical vicisitud del mundo, acabando con los vestigios del imperio latino, consumió una revolucion absoluta en todas y cada una de las necesidades del orden social. Nacieron los estados, se formaron los idiomas, hablaron los pueblos. Y cada miembro del coloso secular, dividido por la espada hereditaria de Bressó, se convirtió en un cuerpo perfecto, vital y fuerte, que, cerrando los ojos á lo pasado, marchó de frente hácia el porvenir.

Como el cristianismo fué el único principio que subsistió en pie durante aquella pavorosa y violenta crisis; como fué el arra santa mano se custodió el fuego civilizador, se sobrepuso á toda otra influencia social, y determinó cardinalmente su predominio en la nueva organizacion del mundo. Al efecto se asumió todos los medios de accion, estendió á los pueblos la subordinacion gerárquica de la Iglesia, y quiso dar á las instituciones humanas el carácter de perpetuidad, vigor é inamovilidad, signos esenciales de la entidad teocrática. Por eso el imperio de Carlo Magnó es una teocracia civil, y el emperador un pontífice dinástico. Porque aquel imperio era el centro vital del apostolado, y un cuerpo, en suma, cuyo físico era la civilizacion, y cuyo espíritu era el catolicismo.

La Iglesia, pues, se hizo sentir en todo y sobre todo, como principio cardinal, elemento omnimodo, y único regulador; donde quiera influyó su genio poderoso; nada quedó en donde no imprimiera su sello de formalidad y duracion. Este universal efecto se notó mas inmediatamente y visible sobre las formas objetivas de los sentidos físicos, en la parte traducida y materializada de la idea, en las artes, en fin. Nada mas natural. En la filosofia, en la literatura, en los demas ramos especulativos, que solo están sujetos á la critica intelectual, y no de la universalidad de las gentes, el efecto no podía significarse ni popularizarse tan pronto. Necesitaba la concurrencia del tiempo y la sucesion gradual de las cosas. Pero en las artes, donde cada pensamiento, cada innovacion se traduce al punto en granito y pizarra, y se presenta á la espectacion de todos, sabios é ignorantes, tenía que darse á conocer inmediatamente, y aparecer la transicion en evidente y significativo espectáculo.

Constantinopla, pues, la primitiva Bizancia, que mal envuelta en la púrpura griega guiaba azarosamente la fortuna del bajo imperio, se hizo el tipo del gusto; y desde allí salía para los paises cristianos la fórmula artistica, que todos aceptaban cual expresion inteligente de la época. Pudiese comparársela á un oráculo omnipotente dictando sus nulas á las naciones, que agrupadas en derredor eran otros tantos lipógrafos, que las consignaban para la posteridad en el álbum gigantesco de templos y fortalezas, que cubió la superficie de Europa, y donde legaron á las gentes el misterio sacerdotal de aquellos tiempos formidables.

No hay mas que poner los ojos en cualquier monumento de tan remoto era, para comprender así la verdad histórica. El semicírculo griego, el arco tipo de las antiguas escuelas heleno-romanas, único vestigio salvado de aquella inmensa vicisitud, aparece en las portadas y en los peristilos. Pero ya no es el medio punto ligero, ríto y magistoso, montado sobre elegantes pilastres, que decoraba el pórtico y el coliseo. No, en verdad. El arco del arte bizantino es pesado, torpe y glacial, y parece que le cuesta trabajo sostenerse en el aire, arrojado á tierra por su propia pesadez. Así lo debieron conquistar los

(1) El sobrenombre de este templo proviene de estar edificada en lo que antiguamente era el centro de la localidad.



(Templo de S. Miguel de Media-Villa en Medina de Rioseco.)

arquitectos de la época, cuando le calzaron con pilares cortos, fornidos y apilados, que le reciben en capiteles enormes, correspondidos por un basamento de vigorosa mole. Además esta combinación se halla acorde en su traza con aquella inteligencia. En ella nada hay que recuerde el refinamiento ático, ni la delicadeza quirinal. Todo al contrario. El pensamiento, lo mismo que la forma, la idea y la expresión, la ciencia y la presencia marcan bien la transformación y la índole del nuevo tiempo. Así es que la mano de obra solamente ostenta rudeza, sencillez pintada, sombra y despótica inflexibilidad. Y en la composición, que es la mente del artista, el misterio de la época, nada se ve sino monstruos fantásticos, visiones descomenales, fieras, plantas y seres que parece han salido de un cerebro febril, y que son el sarcasmo agreste de las volutas tiernas y de los transparentes acantos de la gloria clásica.

No son ciertamente muy comunes en España los monumentos de este período artístico, por la ocupación sarracena; pero entre los varios en que hemos podido estudiar aquella tétrica arquitectura, tan emblemática y sacerdotal, hemos deducido que la transformación de la forma de greco-romana en bizantina envuelve un gran pensamiento, traza o arazo misteriosamente en esos cajales simbólicos, que ahora nos contentamos con interpretar á la luz de la historia, y á las aspiraciones más ó menos felices de la crítica, arrebatada algunas veces al contacto abasador de la fantasía.

El templo de San Miguel Arcángel, que damos en el dibujo, fué uno de los monumentos alzados en el período Bizantino, y de los pocos que han sobrevivido á la saña del tiempo y á la ignorancia y avaricia de los hombres. No son por cierto la magnificencia material, ni la belleza artística su patente de mérito. Lo son, en contrario, su rudeza primitiva, su masa tostada por el sol de los siglos, y enroscada por el peso de los tiempos, su adusto talante, en fin, que ásteguan su fecha. Porque su fecha es su celebridad.

No existe memoria de su fundación ni aun tradicionalmente. Pero conjeturando por los acontecimientos y datos históricos del arte, su origen debe remontarse cuando menos al siglo XI. Y nuestra opinión personal es que fué obra del IX. en los primeros tiempos de la reconquista.

Explicaremos la razón. Del período de la monarquía goda no debe ser, porque no existen sino muy contados monumentos de aquella época. Derrocada la sucesión de Ataulfo, en 714, y habiendo sido reconquistada la tierra de campos en el reinado de D. Alfonso el Católico de León, esta villa entonces fué erigida en punto principal de la línea de defensa, y considerada en mucho por su importancia. Ahora bien: hecha la restauración, nada más natural que erigir su población tan estimada un templo cristiano para el servicio de su vecindario y para el culto reconquistado de la militante cruz. Esta obra necesaria, obligada, hubo de ser indudablemente San Miguel. Y tanto más de creer, puesto que no hay monumento de mayor antigüedad, ni memoria de

que haya existido. Este juicio se afirma más con la circunstancia de haber sido San Miguel Iglesia parroquial de muy antiguo, servida por monjes, antes de la erección de las parroquias hoy existentes, de las cuales la más vieja es del siglo IV. Hasta este tiempo, pues, desde el principio de la guerra con los Mahometanos. San Miguel fué el único templo parroquial de la villa. Pues con la turbación del tiempo y los apuros de los vasallos, mal pudo pensar en la construcción de otras, máxime no habiendo tenido grande incremento su vecindario.

Cualquiera que pueda ser la diferencia, ello es que San Miguel, templo bizantino, constituye una antigüedad importante, un monumento arqueológico digno de consideración. Poca nos detendremos en su descripción material; así porque no ofrece grandezas artísticas, enanta porque con una ojeada sobre la vista adjunta tendrá el curioso las noticias que puede apetecer. De modo que solamente por esplanación diremos algunas palabras sobre el particular.

La planta del edificio es un rectángulo imperfecto, que termina en una curva semiesférica por la parte superior, con pequeñas, aunque no mal entendidas proporciones. El templo interiormente carece de todo adorno; es sencillo hasta la pobreza, y su aspecto ruído y nebuloso refleja bien el espíritu de su época, y lleva la imaginación á lejanas aventuras. Unos agrestes pilares encajonados en los muros sostienen la informe cornisa, de donde arranca el modesto artesonado de madera en su color, que cubre la nave.—En lo exterior, ya lo veis. Tosecas pilastras, columnas de bastarda proporción, recios y prominentes moldillones, en cuyas facetas un grosero cincel esculpió monstruos desconocidos, y símbolos y geroglíficos de fabulosa inteligencia; mezquinas y no simétricas ventanas más propias de una fortaleza que del templo de Cristo, y en cuyo coite no se vislumbra siquiera la incorvación germánica, una torre sin arte, ni osadía; y por fin una portada constituida por el arco hemiciclo, disminuido concéntricamente por todo el espesor del muro, y cargado sobre dos órdenes de pilares característicos, estendiéndose sobre ella un humilde pórtico de vulgar y antiquísima traza. Añadid á esto otra portada semejante, pero inutilizada, en el muro inferior, y tendreis todos los detalles que componen el bizantino monumento.

Pero no. Os falta ver ese color amarillento é indefinible, que imprime el silencio de los siglos; el aspecto solenne y monumental que presentan las obras en su sagrada ancianidad, el vapor de misterio é idealidad, el prestigio vago y romanesco que circunda á esos vestigios de lo pasado, á esos recuerdos solitarios y elocuentes de las generaciones que ya no son, á esas páginas simbólicas que encierran en el polvo de su olvido muchos de los dolorosos pasos de la humanidad en su secular y tempestuoso camino. Nada de esto veis con los ojos del alma, con el lente de la inspiración, y no podeis comprender, ni hablar, ni ver lo que dice y significa ese testigo reteritario y mudo, cuya modesta cruz prevalece sobre las arrogantes fortunas de los siglos. ¡Oh!... venid! veid los que anheláis saber en los misterios del entusiasmo

cuánta poesía encierran esos caducos sillares, contemplados en la penumbra del crepúsculo, cuando el viento azota el musgo ceniciento de sus grietas, y flota su mole demeruida cual inmensa fantasma entre las nieblas de la noche, y la peregrina rampa exhala un gemido melancólico y fugitivo, que se evapora a los cielos como las postreras esperanzas de nuestro fatigado corazón!

V. GARCÍA ESCOBAR.

CON MAL O CON BIEN, A LOS TUYOS TE TEN,

RELACION

por Fernán Caballero.

Y solo el hombre partecito
sus justas obligaciones
si no veve sus pasiones
como valeroso y fuerte.
(JUAN LITRO A SU HIJO.)

Quien por los años de 185 *** hubiese paseado por la muralla de Cádiz, ese paseo de piedra apropiado a aquella ciudad compacta, que parece haber salido en una pieza, fuerte, bella y armada de una capota, como minerva de la cabeza de Júpiter; quien en esa época hubiese pasado por el trozo que corona la puerta de la mar, hubiera podido notar dos mendigos que arimados al perfil, imploraban la caridad pública, mas con su triste aspecto, que no por descompasadas voces.—Era el uno un soldado, segun lo demostraba los restos de una casaca militar que llevaba, al que faltaban ambas piernas, y que sentado sobre un pedazo de corcho sujeto a su cuerpo con correas, se movía merced a sus manos, que apoyaba en el suelo. A su lado una mujer joven, pero avejentada y conservando a pesar de su destrucción un noble tipo de belleza, se cubría parte de su rostro con un pañolón desteñido por el sol, que llevaba sobre la cabeza, mociendo en sus brazos a un niño pálido y enfermizo como su madre; mientras el licenciado enseñaba a una niña de seis años aquellas palabras mas apropiadas a mover a compasión al corazón del hombre, y aquellas bendiciones mas adecuadas a incitarla a merecerlas;—esto es, la hermosa deprecación: ¡Señor! por la sangre de Nuestro Redentor, y por los pechos que lo erizaron, muévase su corazón a piedad hacia estos infelices, sin mas amparo que el del Cielo y el de las buenas almas: así Dios lo libre de un malvado, de un testigo falso y de una mala lengua, y la pobre madre añada suspirando, ¡y le dé salud para criar sus hijos!

Algunos ricos pasaban, respondiendo así a este clamor de la miseria:

¡Qué plaga!—¡qué repugnante aspecto en un paseo público!—por qué no habia aquí como en otras capitales del extranjero azulos por la mendicidad?—¡qué atrasados estamos! Mire V. eso!—un ente así casado y con hijas! ¿Debería eso permitirse?—¡aquel todo ama como Dios quiere!

Peró otras buenas almas, mugeres, clérigos ó niños, se paraban y daban limosna.

—¡Ah! tiene V. decían los otros, la limosna más entendida!—el *ochavo*; ¡el maldito ochavo que es el que mantiene a esos vagos!—¡a esa lepra!—¿y sabe V. por qué dan esos beatos?—¡para que los vean dar, pura hipocresía!

—Y lo que vos haceis, detestables canchiveros, de vuestro dinero en no dar, ¿cómo se llama? ¿a qué sirven los pobres?—decía un tremendo millonario que la echaba de gracioso, seguro que los estúpidos de un millonario siempre hacen gracia, ¿de qué sirven sino de estorbo? ¡a los pobres matarlos!

Esta bestial atrocidad hizo dar tales carecadas a sus compañeros de paseo, que poco faltó a que se apagasen los tremendos cigarrus habanos que llevaban en sus bocas como los elefantes sus trompas.

Ya la muralla ostentaba tales detestables nombres, que harían tuano el socialismo, si por fortuna no fuesen raros y contados; tambien ostenta otros seres encantadores que a su libre albedrío rien, cantan, corren, caen, se vuelven a levantar y a formar grupos parecidos a los que forman los amorillos en las escenas pastoriles de Boecher. Estos seres son los niños que primorosamente vestidos a la inglesa, envían sus madres en compañía de sus amas a separarse a la muralla; mientras estas sentadas en el parapeto ó en los escañones que separan unos de otros los cañones que asoman por fuera del recinto se treuendo ojo negro, se entretienen en conversacion unas con otras sin perder de vista su rehano.

Hacen allí como es de pensar gran papel los rosqueteros, los que con sus canastos en las manos pasan como una viva tentacion entre

aquellas bordas Lilliputienses. Tenemos por realdo del pecado de golosina de nuestra infancia, un feble por los rosqueteros que nos parecen dulcissimos miembros del cuerpo social, a pesar de que por una inasplicable anomalia suelen tener cara de vinagre; nos parece aun hoy día que adornan mucho mas graciosamente la muralla que no los soberbios cañones, é infinitamente preferibles los anises de los primeros a los de los segundos; ello es que son entrambos, los cañones y los rosqueteros, accesorios necesarios de la muralla de Cádiz; sin los niños, los rosqueteros y los cañones, pierde todo su prestigio y toda su lisonjía.

¡Quiero uno otro rosquete!—dijo a su ama una rubita de tres años cuyos rizos volaban al viento por sus hombros debajo de una capotita de caso rosa—¡y yo un merengue!—añadió su hermana decana de la tropa que ostentaba con dignidad siete años.

—¿No sería mejor, respondió la anciana ama envejecida en la cara, pues habia sido igualmente ama de la madre de las niñas, no sería mejor, pues ya os he comprado esas chucherías, que dáisais ese dinero a aquella pobrecita niña que quizás hoy no habré comido pan? (el ama unía dos fines, el higiémcio y el humano.)—¿Que no habré comido pan?—dijo asombrada la niña mayor, y sin volver siquiera la cara al incitador canasto del rosquetero, tomó los dos cuartos de manos de su ama, corrió hacia la pordiosera y la dió la moneda.

Y tú, Lolita, ¿no le quieres dar la limosnita a la pobre?

—¡Quiero uno otro rosquete!—respondió en tono decidido y firme la de la capota rosa.

El ama se lo compró.

¡Quiere V. ahora, dijo refunfuñando el viejo rosquetero, que los angelitos de Dios dejan de comer dulces?—si eso sucediese, mujer de Dios, ¿de qué viviríamos nosotros?—¡caramba con Vid! que desnada un santo para vestir a otro!

¡Cicatera, golosa, mal corazón!—decía entre tanto la decana a su hermana; esa pobre niña no ha comido pan, y tú has comido mochisimó y budín, y postres; anda, dale tu rosquete, corre;—y agarrándola por la mano la llevó de remolque a pasó redoblado hacia la pordiosera, la agarró la mano que llevaba el rosquete, y la puso en la de la niña pobre.

Esta no se atrevía a rogar el rosquete.

—Tómalo, tómalo, dijo la niña mayor.

—¿Me lo dá? preguntó la pobrecita con ese encantador tuteo de los niños compañero de su inocencia.

—Si, sí, ¡rejojo!, anda!

—La pobrecita lo tomó tímidamente diciendo: Dios te lo pague.

—Esta está escena habia sido una sorpresa para la de la capota rosa, que no comprendía bien lo que pasaba y a la que la veloz carrera habia aturullado; pero apenas vió pasar su querido rosquete a manos estrañas, cuando abrió su poderosa boca, y se puso a berrear como un becerro.

¡Qué fea estás, que feísima estás!—le dijo su hermana echando a correr y dejándola plantada en medio de la muralla; entonces subieron los berridos al *fortísimo*, acompañados de un copioso aguacero de esas lágrimas que brotan y se secan en los niños instantáneamente.

El ama acudió y tambien la pobrecita que quiso devolverle el rosquete; afortunadamente el rosquetero que giraba alrededor del grupo de las niñas como un abejorrió alrededor de flores, acudió atraído por una seña del ama, y la de la capota rosa metiendo su blanca manita en el canasto con el íntimo placer con que un avaro mete la suya en un talego de onzas, cogió un rozagante rosquete, en el que hincó con triunfo y denuedo las blancas perlas que adornaban su boca.

Satisfecho su primer anhelo, el de la golosina, trató su señorita de satisfacer el segundo que era el de vindicar el derecho sobre su propiedad, con ese apego y potestad sobre la propiedad que tenemos tan instintivo é imata, que ha sido preciso toda la fuerza y autoridad del cristianismo para crear el *despeñamiento*. Pero la niña que era un demasado ética para comprender la dólula, ni hacerse cargo de la necesidad ajena, corrió hacia aquella que graduaba usurpadora de su rosquete, y le aplicó bien aplicada una palmada en el brazo con todas las fuerzas de que podía disponer.

¡Ah pícaro! exclamó su ama que corrió tras ella sacudiéndola por el hombro, qué se entiende pegar, y pegar a una pobrecita que no te ha hecho nada!

—Pídele perdon ahora mismo, ó si no, se lo digo a mamá, ¡quína mala!—dijo su hermana.

—No quiero, ¡calcó en voz y en grito y con magnífico aplomo la culpable incontrita.

—Buena, bueno, pegona, soberbia y arrogante; dijo su hermana.

—Es cierto que si la de la capota rosa hubiese leído Bernardo del Cárpio, hubiese contestado lo que aquel al moro: la arrogancia toda es una.—Pero a falta de voces expresó eso mismo en una altiva y firme mirada.

¡Vaya pedir perdon a una mendiga!—dijo remilgadamente una ni-

ña de medio pelo que lucía una peñeta, un velo que estaba furiosamente, y un abanico que parecía en sus manos un aplador de cocina.

A todo el que se ofende se pide perdón, contestó el ama, ¿a eso las tiene acostumbradas su madre: si le cuesta pedir perdón a un pobre, píjoreta, no lo ofendas; y mis niñas saben que sin perdón está la ofensa siempre como una mancha en la conciencia, y que sin la conciencia limpia nadie puede vivir contento sino que esté dejado de la mano de Dios.

Pero tú, dílo á la madre que en lugar de abanico le compre un librillo de doctrina; así perderás los humos, mi alma, que á todas le están mal, y á los pobres peor que á los ricos—¿ostas?

La niña dió un nuevo estirón á su velo y puso en movimiento acelerado á un tiempo sus pies y su abanico.

—Pide perdón á la pobrecita, Lolita, mi corazón, prosiguió en tono suave y suplicativo la buena mujer; si lo haces, te llevo á la alameda, donde verás á tu mamaita.

Lolita volvió su carita que sombreada su capota rosa hácia la niña mendiga y le dijo: perdón, pobrecita.

Y en seguida como solo el primer paso es el que cuesta, tanto en la senda del bien como en la senda del mal, según dicen muy bien los franceses, Lolita entusiasmada alargó su rosquete á la pobre niña con el ademán y la expresión de rostro de Escipión al devolver á Alcestes su hermosa novia trecha esclava en Cartagená: verdad es que faltaba al respecto la caridad y que el ansia de Lolita había sido mayor que su apetito.

Á la noche la niña mayor volvió á su madre cuanto había pasado.—Esta señora verdaderamente ilustrada y que tenía los buenos sentimientos que la verdadera ilustración embellece y refina, tuvo un real pesar por la acción de su hija—y al día siguiente fué ella misma con sus hijas á llevarle á la pobre ropa y accórras. Le gustó tanto la niña, que ofreció á su madre vestirle y costearle la amiga; y por eso hemos referido este incidente, puesto que la impertinente palmada de Lolita iba para su pobre víctima incalculables resultados; pero no omitiremos sobre lo verdadero—preciso es saber quien eran esos mendigos que presentamos en primer término, y esto es lo que vamos á referir si nos queréis prestar atención.

El día de san Juan del año 1822—se notaba en el muelle de Cádiz un gran y alegre movimiento debido á que era día de toros en el Puerto.—Presentaba dicho muelle seguramente una bella animada perspectiva á los ojos; en cambio eran destrozados los oídos por una descomunal y destartalada gritaría, con la que abusa el barquero de la bahía de Cádiz espantosamente de sus pulmones y de los tímpanos de sus oyentes. Ciertamente se debería por orden de buen gobierno poner coto á esta licencia de garganta que unida á la de expresiones incoherentes, aturde, escandaliza é indigna al público indigeno y asusta al exótico señorito, dijo uno de los patronos que se agita y movía sin cesar, y que ya estaba roncando de gritar á un jóven agarrándole por un brazo: venga su mereced, mi amo, que en este mismo instante doy á la vela y pongo á su mereced en el muelle del Puerto en lo que canta un gallo, sin que haya siquiera notado que va sureando el charco—y sin saber ni cómo ni por donde nuestro jóven se halló sentado en el falucho, ó por mejor decir preso, pues una vez en el barco, ni se hizo á la vela éste, ni pudo volver á tierra aquel.

Servando Ramos, tal era el nombre de este jóven, hijo de un rico comerciante de Cádiz, había sido educado en Inglaterra y á su reciente regreso, habiendo muerto su padre, se hallaba poseedor de una brillante herencia.—Llevaba el elegante vestido de *majo sevillano* que los jóvenes han adoptado para ir á los toros; consistía en pantalón, chaqueta y chaleco, blancos y finos como los copos de la nieve; una faja de seda ceñida su cintura, un pañuelo del mismo género y color rodeaba su cuello pasando los picos por una sortija en que brillaba un solitario de gran valor; calzaba zapatos de rico ante para asemejar á los de vaca de los *majos crudos*; sobre su cabeza que adornaba una enortijada cabellera llevaba un sombrero cañís algo inclinado á la derecha, en una mano una chivata visualmente pintarazada y en la otra (esto es del conjunto) un abanico de caña ó calaña, su que estaban retratados non los mas primitivos negros del dibujo, el tío Nones, el tío Concejo, y el tío Pernales, gitanos que vendían ó habían vendido por las calles estrébes, tenazas y otros cachivaches, y cuyo interesante tipo se esplota en el teatro con los tíos Camillitas y otros héroes de zarzuelas y sainetes, que si bien no serán tipos romancescos ni ascéticos, son indistintamente cómicos y geniales.—Aunque por su ausencia de la tierra de *Maria Santísima*, le faltase á Servando Ramos algo de la soltura y gracia necesaria para llevar bien el traje que vestía, las que solo se adquieren en el país y con la costumbre de llevarlo, sentaba no obstante muy bien á su toda persona, tanto que hubiese querido servir de modelo á un pintor que hubiese querido ilustrar con lindos tipos una novela de costumbres andaluzas.

Fiel á los hábitos contrarios en el extranjero, Servando, lejos de mezclarse en la conversación general que sostenían los demás

pasajeros, se recostó sobre el codo y se puso á mirar hácia el mar.

Eta liasiira ó incoherencia que en los ingleses generalmente nace de su cordura de genio y de los hábitos de su país, son en ellos cosas naturales, y no ofenden; mas los que en nuestro país imitan esto, sin que los autorice la costumbre, ni disculpe la cordura de genio, se hacen insufribles, porque demuestran *desden*, y que de todos los insultos ninguno es comparable al *desden*, pues que los demás recaen sobre algo y nacen de una causa; pero el desden perjudica y se eleva solo como la mala yerba.

Servando miraba aquella hermosa vista por no mirar á otra parte, y no porque le llamase la atención. Hay seres que, á no moverlos una pasión, nada miran con interés ni detenimiento, á no ser su espejo cuando están ellos delante, y que son instrumentos sin melodía, en los que no vibra sino una sola cuerda. No obstante, la vista era magnífica y grandiosa, como todas las que ostentan en su composición al mar, que es la vista más admirable y conmoviente después de la del cielo. Aquel día ambos rivalizaban en esplendor; la atmósfera que entre ambos se movía suavemente, brillaba como un fluido brillante; veíase en lontananza á Rota, rústica jardinería que con las manos llenas de frutas y de legumbres es la primera en dar la bienvenida á los barcos que llegan exhaustos de lejanas tierras. Mientras mas avanzaba el buque hendiendo las aguas que levantan tan suaves muremullos y melodiosos gorgoros cuando el mar está umable, más se iba destacando la imponente mole del castillo de Santa Catalina, detrás del cual se iba retirando modestamente Rota, cual si se volviese á sus puertas, á sus viñas, á sus melonares. El vigoroso coloso se alza aun baciendo frente al invite de las olas, aunque sin vida ni corazón, como un soberbio mausoleo profanado cual el por el tiempo, que es inexorable en su acción destructiva, como su hija la muerte. Entraron en el Guadalete, á cuya orilla izquierda se prolonga y estira el puerto de Santa María. Lo primero que á la vista se les presentaba eran las magníficas Indagras, que surten á Europa de su mejor vino, y algo mas retirado ese gran circo, esa plaza de toros, ese teatro de contrastes de esa estruendosa diversion, de ese repulsante regocijo, que no halla disculpa ante el juicio de la razón, ni ante el sentir del corazón, sino en la embriaguez que produce y que trastorna el hombre que ambas cosas posee, razón y corazón, como lo hace la embriaguez del vino.

Servando, con su propensión inglesa al aislamiento, había venido solo á los toros del Puerto, lo que le privaba de disfrutar con todos sus asociados aquella afamada romería, como lo hacen los demás jóvenes que reunidos hacían el viaje, comían y paseaban. Así fue que anduvo las calles del Puerto, tan alegres y animadas en semejantes días, como un *plazero bobo*, según la expresión del país.

Llegada la hora de los toros, siguió el tropel de gentes que se encaminaban ruidosamente hácia la plaza, en la que entró y se volvió cerca de un grupo de jóvenes gaditanos, en el que se hallaban varios conocidos suyos.

Servando, que fue muy pequeño á Inglaterra, nunca había visto los toros, y tenía inculcadas las ideas que se dan en países extranjeros sobre la inhumanidad que hay en maltratar y hacer padecer á los pobres animales, pues no hay sana razón que pueda admitir que crease el Dios de bondad solo para padecer y ser víctimas del hombre.—Sabía que en la ilustrada Inglaterra, en aquellas cámaras formadas de hombres de tanto valer, puesto que entre estos es el ser diputado una honra apetecida, en esa asamblea que por su antigüedad y por los hombres que la componen es el modelo de asambleas legislativas, no se habían desdoblado de discutir esta materia, y que de ella habían salido benéficas leyes que ponian coto al bárbaro abuso del hombre sobre los pobres animales, que cual ellos padecen el dolor físico, sienten la angustia moral, sin un amparo, sin un consuelo!—¿Qué es, por Dios, toda la cultura del entendimiento, sin la cultura del corazón?!—Un sol sin calor, una flor sin perfume, una bella voz sin modulaciones, un hermoso rostro sin lágrimas ni sonrisas.—Así fue, que aunque Servando no era por cierto una persona de sentimientos tiernos y delicados, ni mucho menos tenía uno de esos corazones fervientes de caridad, consagrados al consuelo, como las hermanas de la Caridad á la asistencia de los enfermos, y que cual las ovejas al pasar entre pitones son heridas por ellos y en cada uno dejan un copo de su suave vellón, aunque no tenía sino las mas sencillas y cotidianas ideas sobre humanidad y cultura, al ver salir la acosada fera, y arrojarse sobre el primer pobre caballo, que dócil al hombre aguardaba de pie firme la espantosa embesida, al ver al toro destrozár sus entrañas, al ver al que en peligro de muerte, y al oír que este atrozo espectáculo era saludado por una algazara general, sintió todo en ser sublevarse, y se preguntó si estaba en una diversion ó en una carnicería.—Hasta su fin se resentía al ver por el suelo arrojada de caliente sangre las entrañas de un animal que vivía en la doble agonía de la muerte y del sufrimiento, padecido y se levantó.—Estas cosas? preguntó uno de sus vecinos. Servando contestó afirmativamente y se sentó.

(Continúa.)

GRANDEZAS DEL POETA.

Si por estadales
mis estados mides,
verás faltan once,
para sumar quince.
Y en tan vasto imperio
deja que te espigue
las mil maravillas
que dentro residen.
Enverjan curiosas
los largos confines
revueltas las cañas
con arte indecible;
y en vanos jaqueles
con primor permiten
que allí entren los ojos
retocen y fijen.
Palacios de Armida,
pagodas, jardines,
grutas, selvas, montes
cascadas á miles.
De aquel y este lado
nuro y tronco admiten
que el jazmín sus lazos
y yedra ensortijen.
Enormes gigantes
(madresciva y vides)
á flor y racimos
te asaltan y embisten.
Por luengos festones
la luz se sourie
putafulo de rojo
celindas y lisas;
y esmeralda y nieve
parece compiten
en verdes colgantes
con blancos jazmines.

Los cuatro arriates
en sesgo dividen
el césped del suelo
el box de los lindes;
y en sendos andenes
en primor desdicen
con varios colores
cien tiestos menines
de aquel albahaca
alcino, alelies,
con geranio y rosas
perfumes despiden.
Del otro los tallos
con flores se visten;
capullos estallan,
dibujan mil tildes.
Brotan por cien caños
las aguas sutiles;
(un azumbre al dia
lo menos me miden.)
Y de barro cocho
te dejo que admires
el tazon sediento
que de estanco sirve.
Y una abispa á noria
uncida, ó trapiche,
(porque nada falte
al cuadro sublime)
saca en arcaduces
del dedal algibe
diez gotas de agua
en cuarenta ahriles.
Y en saetillo, el cauce
con fuerza invencible
sacude el molino
diminuto chiste,
repica las aspás,
crugen los astiles,
y no tiple cecca
con cis y hisbijes.
Luego sale el rio

¡qué Eufrates ni Tigris!
(culebra de plata
fres varas describe.)
No guijas y arenas
moja, arrastra y ciñe;
zafiros lo menos,
topacios beriles.
Dos peces pigmeos
átomos carmines
entre rúbias conchas,
verás si eres liace.
Por ánades y ocas
cien duendes reptiles
corren sobre el agua
á enjutos palines,
arman sus cuadrillas,
se dan sus envites,
y corren parejas
con la lanza en ristre.

Doblan las hileras,
truocan sus desfiles,
llevan mostachos,
calzas, borceguies.
Surtidores de heno
las aguas comprimen
y salen tan altas
que no se distinguen.
filan tan menudo,
que aunque te lloviznen
podrás harinarle,
cuando no freirte.
Del claro remanso
(lenteja en eclipse)
heben las abejas
con sorbos melindres,
y tres mariposas
la corriente siguen
alzando las alas
con pompa felices;
son tres lindas naos,
tres ricos esquifes
con mástiles de oro
velas de ormesies.
Mas múdase el cuadro,
que allá entre unas mimbras
se ven otras mares
de atroz superficie.
Temerosos lagos
que en oscuras sirtes
surcan espantosos
cetáceos horribles.
Allí un guzarapo
con trazas de estmge
trechas da en el agua,
delfin loco y libre,
y allá dos bahijas
ébano y ruides
son sierpes dragones
ballenas terribles,
También atalayas
costa y playa rigen,
tínganas que huncan
por boca y narices:
Sus humos gigantes
que al viento se rinden,
y al fin se disipan
porque el sol mas brille.
Sus luces de noche
(y Dios te ilumine)
luciérnagas chispas,
luceros anises.
Acá dos gayombas
de jaldes matleos
toronjas meciendo,
por altas se engrien.
Y al pie teje el trebol
sus verdes lapices,
tálamo que ansiáran
Medoros Floripes.
En un tarro mocho

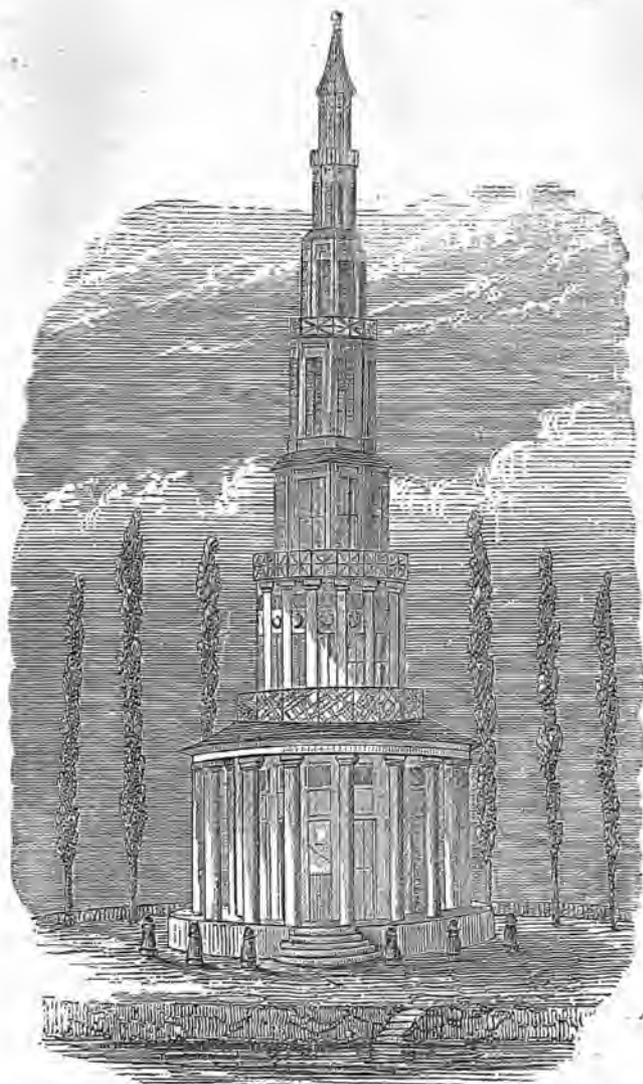
almenado á pique
de maipes se alzan
dos torres gentiles.
Con ancho homenaje
moriscos fortines
y sus aspilleras
de varios calibres;
son sendos tarugos
como de alfauque
que apuntan cañones
sacres, serpentinos.
Cumplidos adarbes
de todos perfiles
astil con bandera
con sus colorines.
¡Trasunto de alcázar,
cuidadela insigne
que pasa por ojo
á Ostende y Mástrique!!!
No teatros y circos
faltar imagines,
que no tuvo tantos
Augusto ó Pericles:
que dos saltamontes,
suellos arlequines,
badan, saltan, triscan
para divertirme;
Y Juan de las Viñas,
botarga risible,
por obra de un lulo
da sus trampolines.
O Don Pulchinela
con voz *tiqui miquis*
canta á los amantes
Rosita y Coquiles.
Aliño con mistos
de mis pulverines
fuegos de Bengala,
centellas que vibren,
ruedas, morterotes,
castillos que liren,
truenos por alarbes,
bombas por tomine.
Un grillo y dos moscas,
diestros ministriles,
principian concierto
con solfa y repique,
y prestan á tales
musicos insignes
facistol las hojas,
los aires atriles;
y seise del aire,
mosquito invisible,
al son trompeta
de sus añatiles,
mientras que salmean
contrabajo y tiple,
cigarra en los ramos,
rana en charco humilde;
paulillas, arañas
hilan sus ardidés
(son redes columptos
cárcel de infelices)
y por sus maromas
casi imperceptibles
trepan, suben, bajan,
y hacen volatines.
Atishan y acechan,
torvos alguaciles,
á un mosco y dos moscas
que holgándose rieti;
las zarpan al salto
(¡para que te hies!)
y entre las tenazas
crugiéndose gimen,
Porque mi grandeza
muy mas se autorice,
verás los Versailles
y Aranjueces triples.
Papel pica y corto,

y en artes de Circe
se alzan los palacios,
cúpulas, perfiles,
frontis de boato
con mil arriquivis,
molduras de ocre
que al reloj aliñen.
Algún as de oro
de horaria fiel sirva
con sus garabatos
de manvceises.
Cascahel que encierra
dos cuescos y riñen,
regula las horas
con sus retintines.
Y vense del monte
al suave declive
los valles de Arcadia,
selvas de Erifile,
y cien latarretes,
dedales y diges
forman maceleros,
celages al iris;
y amaraco, azanda
y dos peregriles
dan buerto mas bello
que el Generalife.
Y aquí entre doseles
verdes camarines
las sienes réclimo,
que mas no es posible:
trazo monterias
que el bosque fatiguen;
bichos son lebreles,
cocos jaballes;
y á impalpables gartas
que el ambiente hinchen
les suelto halconero,
azor y neblies.
Cometa de carta
pingada con pingue
los pinga, y en vano
quieren desasirse.
Y dejando al mirlo
que en los saucas silbe,
y dando á mi mente
alas serafinas,
por rey me contempla
Sesostris ó Giges,
sultan de sultanes,
sofi de sofies.
Sueño, fantaseo,
fabrico pensiles,
hablo con las hadas,
huello sus países;
allano los montes,
seco el mar y el Níger,
y fraguo poemas
que me immortalicen.
Vieja parla leo
de Alfonso y Cides,
y los dulces cantos
de españoles cismes.
Lengua franca aprendo
si el gobierno escribe,
y espero afirmarme
á que alguien replique.
Y cuando resuelvo
al fin fin dormirme,
modo de bisiesto,
y grullo vólvime.
Me tomo una opiata
de dos folletines,
un sermon de Cortés
y un drama sensible,
y quedo en modorra
tan poste y tan firme,
que ni un terremoto
valdrá á revivirme.
Ea. SOLITARIO.

LA PAGODA DE CHANTELOUP.

Chanteloup, situado á la entrada del bosque de Anboise, á corta distancia de esta ciudad, fué primitivamente un punto de reunion para los cazadores. Nada tenia aun de notable á principios del siglo XVIII.

En esta época la princesa de Ursino, deseando asegurar en Francia un lugar de retiro donde pudiera vivir independiente lejos de los disgustos que la amenazaban en la corte de España, encargó de la ejecucion de su proyecto á su administrador Douvigni. Encantado este de la situacion de Chanteloup, compró este terreno bajo su nombre; pero estropeó en él tales sumas que descubrieron su secreto. La desgracia y



(Pagoda de Chanteloup.)

los golpes de fortuna que tuvo la princesa trastornaron de repente sus proyectos de establecimiento en Touraine. El mayordomo, hecho después el verdadero propietario de la habitación destinada para su señora, la transmitió en 1755 al marqués de Armautieres-Confians, su yerno. El duque de Choiseul, ministro de Luis XV y gobernador de Touraine, adquirió esta posesión en 1760, como si hubiera previsto que pronto iba á necesitar para sí un punto en donde poder retirarse. Este nuevo poseedor hizo reconstruir el palacio con una magnificencia admirable, invirtiendo en él gran parte de su fortuna. Como la princesa de Ursino, no tardó en experimentar por sí mismo la inestabilidad de los destinos humanos. Sacrificado á las intrigas del duque de Aignillon, y de madama Dubarri, el señor de Chanteloup vino forzosamente á habitar su posesión. El destierro del noble ministro dió á esta estancia suntuosa un deslumbrante brillo. Sus partidarios, que eran numerosos, formaron á su alrededor una corte que parecía competir con la de Versalles. Jamás ningún poderoso caído recibió mas consuelos ni mas honores.

Después de la muerte de Mr. de Choiseul, Chanteloup vino á aumentar las posesiones del opulento duque de Penthièvre. Como este nuevo dueño fuese enemigo del fausto, y tuviese por otra parte que repartir su atención entre veinte quintas á cual mas magníficas, la de Chanteloup perdió mucho esplendor. Devastada, aunque no destruida durante las borrascas de la revolución, llegó á ser propiedad de un amigo de las artes, del senador conde de Chaptal, quien momentáneamente le dió algun brillo. Mas el ilustre químico se vió obligado por reversos de la fortuna, á venderla en 1825 nuevamente, y muy pronto las obras del palacio se convirtieron en un monton de ruinas. Después de robar los materiales de esta morada suntuosa, se arrasó el arado sobre el terreno... y los demolidores pudieron contar sus beneficios.

La pagoda de que damos una vista es todo lo que ha quedado de

Chanteloup. Una anecdota poco conocida se une á la construcción de esta bella pirámide. Cuando el duque de Choiseul fué confinado á Chanteloup, compró al marqués de Effiat la hacienda de Ding-Mars, y se la dió al duque de Luines en cambio de la Bourdaisière. Su único objeto al adquirirla, si se ha de dar crédito á la crónica, era demolerla para privar á Veretz de una agradable perspectiva. Gozó tan maligno placer arrasando la villa del duque de Luines, cuyos materiales le sirvieron para la construcción de la pagoda de Chanteloup.

Esta pirámide tiene sesenta varas de elevacion. Luis-Denis Lecamus fué su arquitecto. Principiada el 2 de setiembre de 1775 no se concluyó hasta 5 de abril de 1778. Se sube á su cúspide por una escalera interior. Las galerías colocadas en sus diversos pisos permiten andar alrededor y gozar libremente del magnífico panorama del Loira. Una mesa de mármol que en otro tiempo habia en el primer piso contenia los nombres de todos los grandes personajes que visitaron al ex-ministro durante su destierro. La revolución ha destruido este monumento de la vanidad del constructor; pero la pagoda, que fué uno de los caprichos mas costosos, no ha sido maltratada: últimamente perteneció con el bosque de Amboise al dominio particular de Luis Felipe (4).

(4) El duque de Choiseul poseia el señorío de Amboise al mismo tiempo que el de Chanteloup. Su herederos vendieron los dos al duque de Penthièvre. Habiendo sido confiscados en 1795 los bienes de este principe, Chaptal compró solo el de Chanteloup. El palacio con el bosque de Amboise permanecieron en el estado en que en 1815 se entregaron al Duque de Orleans por la madre del Duque desposeido. Aconseja que el mas rico propietario de Francia haya dejado de hacer un magnífico monumento en sus dominios y se haya contentado con reacar el terreno con la pagoda.